Dice el autor: “Resultaría iluminador si de esa forma pudiéramos entender, en el siglo XIX, los inicios y la continuidad de una especificidad literaria que, partiendo de las crónicas llega hasta nuestros días y en la que por supuesto también tendría derecho a inscribirse, a pesar de las tipologías del caso, la novela histórica del siglo pasado”.

El quinto capítulo estudia lo que el autor denomina romances domésticos, cuyas tramas de tipo cómico-sentimental y de aventuras, que privilegian lo ficcional sobre la dimensión histórica, aunque, al mismo tiempo, articulan a su modo y en su retórica específica la alegoría nacional, desplazando narraciones de historias privadas a la categoría pública y emblemática de romances nacionales.

Este libro, minucioso y reflexivo, analítico y teórico, nos propone nuevas líneas argumentativas para entender no sólo los procesos culturales propios del romanticismo hispanoamericano, sino también, por reflejo, del mismo período en Europa y España, así como sugiere elementos para reflexionar sobre el presente y los rumbos que toma actualmente la narrativa hispanoamericana, sobre todo la que asume la historia como discurso dominante. Resulta valioso, asimismo, el número de posibles desdoblamientos que el trabajo permite vislumbrar, que pueden y deben ser motivo de futuros estudios.

Graciela Ravetti

Universidade Federal de Minas Gerais, Brasil

Michael P. Iarocci, *Enrique Gil y la genealogía de la lírica moderna*. En torno a la poesía de Enrique Gil y Carrasco (1815-1846). Newark, Delaware: Juan de la Cuesta, Hispanic Monographs, 1999.

Este estudio de Michael P. Iarocci se propone tanto recuperar una posible unidad historiográfica cuanto deslindar la línea evolutiva de la lírica española de principios de siglo XX, y para ello, estudiar la obra de un escritor, Enrique Gil y Carrasco (1815-1846) y su significado dentro de la evolución del romanticismo español. Escritor que, por un lado, Iarocci no duda en ubicar como típico de su generación, vista su amistad con Espronceda,

el ser coetáneo de Larra, del duque de Rivas y de los románticos de las décadas de treinta y cuarenta, así como la difusión de sus escritos —poesía, notas periodísticas, cuentos fantásticos, artículos de costumbres, ensayos de crítica literaria y una novela histórica— y, por otro lado, releva elementos en su obra que distan de poder ser considerados típicos, por revelar una especie de historia en paralelo a la del romanticismo canónico en vigor creativo en la época en que Enrique Gil produjo su obra. “Es un romanticismo más reposado, melancólico y ensoñador, un romanticismo que parece conciliarse más con el mundo y la existencia”, explica el autor. En última instancia, el objetivo de este estudio es el de echar luz a una etapa temprana de la evolución de una corriente poética que influye poderosamente en la lírica moderna, y estudiar un tipo específico de romanticismo, el de Enrique Gil.

En el capítulo 1, “Panteísmos, poética de la vaguedad y postromanticismo”, Iarocci pone en evidencia las características de la nueva cosmovisión que surge como resultado de la nueva metafísica en la que se apoya el espíritu romántico: el papel de la intuición, la estética de la vaguedad, la indagación en el misterio, y la moderación cuasi-consoladora. La obra de Gil, levantada sobre estos paradigmas, lo convierte en precursor de lo que sería “una de las corrientes poéticas más importantes de la segunda mitad del siglo XIX español” y aún de poetas de fin de siglo y de comienzos del nuevo, sean ellos, Bécquer o Rosalía de Castro, Manuel Reina, Salvador Rueda, Rubén Darío o Juan Ramón Jiménez.

En el capítulo 2, “Misterios y colores y armonías”, Iarocci se ocupa de analizar la cosmología poética del poeta decimonónico, estimulada por vagas intuiciones de una realidad ideal metafísica, y que se constituye en base de su poesía lírica. Son estos elementos los que, según la tesis defendida aquí por el autor, nos obligan a reconsiderar la tradicional historiografía que sostiene que tales características son específicas del postromanticismo, o, como dice el autor, “que la poesía postromántica no puede explicarse exclusivamente a partir del medio siglo”, así como tampoco puede entenderse como una simple moderación de los excesos del primer romanticismo y, mucho menos, asumirla como una derivación germanoide, surgida únicamente de la influencia de Heine. De lo que se trata más bien es de la coexistencia de una

corriente romántica en España — poesía intimista sin la apoyatura de ningún tipo de grandilocuencia retórica, escrita en “tono menor” y alimentada por una suerte de animismo o panteísmo naturalista — con el romanticismo exaltado de un Zorrilla o el del duque de Rivas, evolucionando en lo que la crítica llama habitualmente postromanticismo.

En el capítulo 3, “Una poética y un borrador: *El anochecer en San Antonio de la Florida y El lago de Carucedo*”, Iarocci pone a prueba su argumentación, esta vez con el foco puesto en los relatos breves, así como más adelante lo hará con la novela histórica de Gil, para demostrar que toda la obra de este escritor romántico está regida por la misma visión poética, aunque en el caso de estos relatos sea evidente el proceso de formación del escritor, momento importante en el que el afán de experimentación lo lleva a aprender algunas lecciones valiosas para el futuro, como la de no sacrificar su inspiración lírica en función del interés narrativo que, en su último relato breve, lo había conducido al fracaso. Otra vez nos encontramos en estas obras con características tradicionalmente asignadas por la crítica al postromanticismo, como son, la irrupción de lo sobrenatural en el mundo de la experiencia cotidiana, el sentimiento y la fantasía como ejes principales de las narraciones, el acendrado lirismo y la brevedad de los relatos en los que predomina la expresión lírica sobre el interés narrativo.

En el capítulo 4, “Prosa lírica y paisaje postromántico en *El señor de Bembibre*”, se analiza esta novela de Gil en la que, según Iarocci, el escritor “consigue lo que se le había escapado en *El lago de Carucedo*: novelar con voz de poeta”, lo que lo ubica con justicia como precursor de la novela lírica moderna, practicada por autores como Azorín, Valle-Inclán, Pérez de Ayala y Miró. Iarocci destaca como foco del lirismo de esta obra de Enrique Gil, el paisaje del Bierzo en cuya representación se dan cita la vaguedad, el intimismo y la fantasía ensoñadora, derivadas “en gran parte de la conciencia que tenía él de cultivar una poesía septentrional española”.

En el capítulo 5, “Mística, Ascética, Secularización”, se propone que toda la obra de Gil está marcada por el panteísmo naturalista, cosmovisión teocéntrica que distingue a Gil de sus coetáneos exaltados, según expresión de Iarocci, y que es la que anuncia la estética llamada postromántica. El pormenorizado e

inteligente análisis de Iarocci de los elementos constitutivos de la poética de Gil, lo lleva a confirmar la tesis básica de este importante estudio que da pistas para reformular, con nuevos elementos, la historiografía del romanticismo, tesis que concluye postulando que “los dioses estéticos del postromanticismo y el modernismo tienen una ascendencia mucho más antigua que la que se suele reconocer al encasillarlos sólo en el último tercio del siglo pasado. Los antepasados literarios de los dioses de un Bécquer o un Juan Ramón son esas divinidades híbridas — medio secularizadas, pseudo-cristianas, neo-platónicas, empírico-idealistas, panteístas y la mayoría de las veces indeterminadas — que habían empezado a poblar la literatura romántica española ya en los albores dieciochescos del movimiento”.

Tenemos en manos, entonces, un libro que abre nuevas perspectivas de lectura para el estudio del romanticismo español, su evolución y orígenes, propuestas argumentadas desde el paciente trabajo analítico de las obras, utilizando para ello la percepción personal del crítico y la investigación historiográfica del movimiento en el que se inserta la obra de Enrique Gil. Libros como éste representan una línea de acción crítica que mucho necesitan las literaturas en lengua española: la que se propone llevar a cabo empresas de relectura que se impongan como objeto la obra de todos aquellos poetas, narradores y dramaturgos hispánicos que esperan pacientemente la realización de este tipo de trabajo.

Graciela Ravetti

Universidade Federal de Minas Gerais, Brasil

Francisco La Rubia Prado, *Unamuno y la vida como ficción*, Madrid, Gredos, 1999, 271 pp.

En los últimos años, la ya ingente bibliografía crítica unamuniana se ha visto acrecentada con la publicación de varias monografías que, desde muy distintos planteamientos —lo que las hace aún más interesantes—, desmienten la noción de que los estudios sobre la obra de Miguel de Unamuno habían alcanzado cierto grado de extenuación por hipertrofia. Me refiero, entre